

Giovanna Giglioli

La identidad nacional en uno y los otros de Álvaro Quesada

Summary: *The essay focuses the book of Álvaro Quesada Uno y Los Otros in the field of a renewed vision of national identity. It analyzes the theoretical-methodological surmises of the authors original option, since he chooses to read the costarican literary texts (1890-1940) from the perspective of its contributions to the creation and diffusion of an identity model.*

Resumen: *El ensayo ubica la obra de Álvaro Quesada Uno y Los Otros en el ámbito de una visión renovada de la identidad nacional. Analiza luego los supuestos teóricos-metodológicos de la original opción del autor orientada a leer los textos literarios costarricenses (1890-1940) desde la perspectiva de sus aportes a la creación y difusión de un modelo de identidad.*

Pocos temas han cobrado actualmente tanta vigencia en nuestro medio académico como el de la identidad nacional. Por largo tiempo artificialmente simplificado desde arriba e ingenuamente vivido desde abajo, ha llegado finalmente a ocupar el centro de un debate que, empezado hace ya varios años, no deja de crecer en amplitud y profundidad involucrando a un número cada vez mayor de estudiosos e intelectuales. Sin duda Álvaro Quesada, pionero en este campo, es hoy uno de sus más destacados representantes y su obra *Uno Y Los Otros* uno de los testimonios más apasionantes de esta nueva sensibilidad cultural.

Efectivamente, la década de los 90 se ha caracterizado en Costa Rica por un despertar crítico sin precedentes en los enfoques y análisis de los diferentes momentos de la construcción de la

nación. Historiadores, antropólogos, críticos literarios, filósofos, sociólogos, intelectuales en general, se han finalmente abocado a una consideración mucho más rigurosa y madura, menos ingenua y apologetica, tanto de los momentos clave de nuestro recorrido histórico como de las formas de conciencia que se han gestado a lo largo del camino.

Pero, justo por esa gran variedad y valía de los aportes críticos recientes, es que se hace imposible cualquier intento por señalar previamente antecedentes o interlocutores significativos de esta obra de Álvaro Quesada. Así que, por muchos y muy distinguidos que sean los nombres que en este momento se me vienen a la mente, prefiero callarlos para no dejar a nadie por fuera, señalando más bien cómo al hablar de nuevos intelectuales, no aludo solo a académicos y especialistas, sino que —desde un concepto ampliado de intelectual de corte gramsciano— pienso también en una serie de voces alternativas que surgen cotidianamente de los diferentes sectores de nuestra sociedad civil. Provenientes de los viejos y nuevos movimientos sociales, de las tendencias más progresistas de los medios de información etc., dialogan e interactúan constantemente con científicos y académicos y, aprovechando la mayor agilidad de sus técnicas y lenguaje, con un público cada vez más amplio.

De ahí el paulatino conformarse de una nueva visión de nuestra identidad y cultura que cada vez con más vigor se va enfrentando a la vieja visión que, pese a todas las objeciones provenientes de la realidad misma, aún mantiene, quizá por temor o por inercia, una asombrosa vitalidad en nuestro medio. Evidente no solo en la opinión pública de

amplios sectores, sino inclusive en recientes publicaciones¹ que aún enfrentan el tema en los términos tradicionales y patrioter de una **idiosincrasia** del "tico", inmejorablemente democrático y pacifista, humilde e igualitario, enmontañado y mesteño, pero orgullosamente desigual, si no francamente superior, cada vez que su mirada se dirige allende los confines del valle central.

Dicha visión que inclusive llegó a adquirir rasgos oficiales y a exportarse junto con el café, el banano las frutas y las flores, se forjó paciente y paulatinamente a lo largo del desarrollo del Estado-Nación, por obra de una serie de representantes de nuestras élites intelectuales, unidos —al menos en eso de la identidad nacional, ámbito privilegiado de valoraciones subjetivas— por un mismo método de análisis libre de toda atadura científica, cuyo momento culminante se halle quizá en ensayos filosóficos como los de Luis Barahona o Constantino Láscaris, para citar solamente dos de los más prolíficos y brillantes de una serie de autores abocados a tratar el tema de la identidad en términos básicamente ahistóricos y esencialistas.²

Actualmente, es obvio, las coyunturas y exigencias históricas han cambiado profundamente; la autoimagen nacional, por razones que difícilmente podrían recordarse aquí, ha entrado en una crisis que como toda crisis de identidad es fuente de una inquietud y un desconcierto que —dada además la diversidad interna de nuestra sociedad— adquieren las más diversas facetas. De todas formas, esa crisis que permea finalmente de manera evidente la autopercepción de los costarricenses es, junto a la evolución de nuestros métodos de trabajo intelectual, uno de los factores decisivos del actual despertar de una visión diferente, mucho más crítica y orgánicamente ligada a la realidad nacional del presente.

En la medida en que *Uno Y Los Otros* pertenece a esta nueva visión y contribuye decisivamente a profundizarla, quiero creer que lo dicho hasta aquí, con el fin de señalar la emergencia de una nueva sensibilidad y el declinar de otra, ha sido, más que un prólogo de rutina, un intento por ubicar este libro en un complejo contexto ideológico donde aún confluyen la vitalidad, todavía notable, de la vieja concepción de idiosin-

crasia y el asomarse de un nuevo punto de vista producto del trabajo crítico y riguroso de los que quizá podrían llamarse los nuevos intelectuales orgánicos costarricenses.

Y dejando finalmente el ámbito de los efectos y las resonancias para pasar a los contenidos, pese a la gran riqueza de estos últimos, me referiré tan solo a dos aspectos de la obra, ambos íntimamente relacionados con el tema central de este trabajo: en primer lugar al tema de la nación, teórica e históricamente abordado sobre todo, aunque no únicamente, en el primer capítulo; luego, a la opción original de leer los textos literarios desde la perspectiva de sus aportes a la creación y difusión de un modelo de identidad nacional costarricense.

Ello no sin antes mencionar el hecho de que, en *Uno Y Los Otros*, una inteligente e impecable dialéctica tiende a presentar estos y otros aspectos interactuando en una totalidad inseparable más que a juxtaponerlos como podría torpemente sugerirlo su sola mención. De hecho la obra avanza manteniendo un permanente vaivén entre la aclaración teórica y la aplicación histórica de los grandes conceptos universales, entre la contextualización precisa de los diferentes momentos del discurso nacional y la exploración crítica de nuestro imaginario colectivo, delicado trabajo cuyas repercusiones en nuestra sociedad no se harán esperar largo tiempo.

De mi parte, en cambio, no puedo asegurar un vaivén dialéctico semejante. Mi intención de concentrarme en el aspecto metodológico de la obra, en sus enfoques teóricos rigurosos y fecundos, me lleva en efecto a dejar en la sombra el objeto central de *Uno Y Los Otros*: la interpretación, por cierto de extraordinario interés, de los textos literarios. No así, espero, el significativo aporte de la obra a una vivencia de identidad cultural menos orientada hacia un nacionalismo frágil y estrecho y más abierta a la efectiva pluralidad de las prácticas sociales existentes.

El primer capítulo del libro —cuyo título, *Obertura: Nación y enajenación*, es un hermoso y sugestivo ejemplo de los juegos de palabras tan caros a los grandes pensadores dialécticos— es por cierto no solo un excelente ejemplo de cómo los temas de la nación y de la identidad se

trabajan simultáneamente en diferentes planos y niveles, sino que encierra además la fundamentación teórica de toda la posterior interpretación de momentos y contextos históricos de diferente amplitud y cercanía.

Así, el proyecto nacional se ubica en una perspectiva ya ampliamente utilizada y trabajada en nuestro medio: la de la nación como "comunidad imaginada",³ sujeto y objeto tanto en lo político como en lo cultural de la creación histórica y simbólica humanas, más bien que de algún fantasmagórico *Volkgeist* según una genealogía del Estado-Nación que no por romántica deja de presentar facetas fascistoides y que en *Uno y Los Otros* ya ni siquiera funciona como contrapunto.

La nación remite más bien ahí a un "proyecto de unificación y centralización del poder económico, político e ideológico alrededor de un grupo hegemónico" (p.17). En el caso costarricense, al proyecto impulsado por la oligarquía cafetalera en las últimas décadas del siglo XIX, cuyas características específicas e irrepetibles serían sin embargo impensables al margen del marco más amplio en que el autor las inserta. Así — tan solo mencionado pero sólidamente presente en el transfondo de todo el análisis— aparece en *Uno y Los Otros* el contexto histórico que, tras la revolución industrial y la revolución francesa, fue cuna del célebre estado-nación capitalista. Autónomo, independiente y soberano —he ahí sus fundamentales pretensiones políticas montadas sobre la unidad territorial y de funcionamiento económico— el estado-nación siempre fue, y el caso costarricense no tendría por qué ser en ese aspecto una excepción, una realidad conflictiva (prefiero no utilizar aquí el término contradicción de marcadas connotaciones lógicas). Surgida alrededor del proyecto unificador de una clase social que ha de ser capaz de engendrar una comunidad tendencialmente homogénea e igualitaria sin renunciar por ello a su dominación y control, la dialéctica de la nación ha venido así enfrentando el reto, hasta hoy tan viable como paradójico, de lograr que un proceso histórico de carácter fundamentalmente clasista adquiera a la vez una dimensión realmente, aunque quizá no plenamente, compartida, es decir sustentada e impulsada por un consenso nacional popular y una voluntad política colectiva lo suficientemente amplios.

Antes de continuar, déjenme por favor recordar a un gran teórico y político en quien la lectura de este libro me ha hecho pensar a menudo. Me refiero a Antonio Gramsci, radical "des-estalinizador" de las categorías dialécticas y analíticas del marxismo. Nunca mencionado, pero no necesariamente ausente de las páginas de *Uno y Los Otros*, a no ser que esté yo tergiversando totalmente esa dialéctica entre *hegemonía* y *dictadura*, *dominación* y *consenso* que tan original y creativamente me parece permear el análisis y la interacción de las distintas fuerzas que dan forma al proyecto nacional oligárquico en la obra de Álvaro Quesada.

Y ahora, al retomar el camino que ha de conducirnos de nuevo hasta el modelo de *identidad nacional*, en el ámbito de un discurso y de un conjunto de representaciones simbólicas imprescindibles para mantener esa delicada dialéctica de dominación y consenso, se impone aquí una aclaración: el complejo universo ideológico del discurso no es vana palabrería meramente, burda fuente de manipulación y engaño desprovista de toda organicidad histórica o en dos palabras, ya viejas pero aún transparentes, no es solo **falsa conciencia**.⁴ Lo que le asigna un lugar realmente esencial en el delicado, precario, cambiante equilibrio del proyecto nacional clasista es, quizá algo paradójicamente, justamente el hecho de apoyarse en una serie de elementos políticos y estructurales que lo hacen creíble y susceptible de interiorización así como hacen posible el control de las tendencias centrípetas —las que empujan a los diversos sujetos sociales a sostener la unificación y centralización del poder nacional— sobre las fuerzas centrífugas que tienden hacia la expresión plural y autónoma, a veces disonante y hasta desintegradora, de los distintos sujetos, sociales, étnicos, culturales que conforman de hecho la nación.

Para comprender bien este punto es necesario resaltar la vital necesidad de permanentes negociaciones de intereses, compromisos entre clases y grupos, concesiones desde arriba y conquistas desde abajo, así como tampoco puede olvidarse que todo modelo de identidad nacional se monta en una medida importante —y que contrarresta parte de su dimensión meramente manipuladora— sobre

auténticos rasgos de identidad cultural entendida como “proceso de producción colectiva de sentido”,⁵ organizados alrededor de la convivencia y plasmados en un imaginario colectivo.

Es por todo eso que, en *Uno Y Los Otros*, la contextualización del discurso nacionalista oligárquico tiene presente en todo momento una serie de elementos de sumo interés para los lectores y que aquí solo pueden mencionarse someramente, así como el relativo ordenamiento democrático con su función de contrapeso ante la radical desigualdad de distribución de los beneficios o, del otro lado, los límites impuestos al virtual proceso participativo por la represión autoritaria y por las diferentes formas de marginación que, desde lo económico hasta lo político y lo cultural, pesaban sobre el pueblo. Así como el ambivalente maridaje de dictadura y liberalismo de tan notables y perdurables consecuencias paternalistas y, más en general, el juego complejo entre represión y consenso negociado, entre exclusión y participación en lo que él llama “*un ambiguo* —y al que yo llamaría más bien un *dialéctico*— ejercicio del poder”.

Así que ojalá ningún futuro lector llegue, engañado quizá por la prolongada dedicación del libro al tema del **discurso** en los textos literarios, a sobrestimar ahí el peso de lo meramente ideológico. Ninguna justicia se le haría a *Uno Y Los Otros* —este excelente libro de tan rica y matizada dialéctica— al incluirlo así entre cuantos aún pretenden analizar elementos superestructurales desde un mecanicismo determinista y unilateral, aunque sea utilizando un vocabulario superficialmente renovado.

Solo ahora, después de este largo rodeo, me siento autorizada a volver al papel del *modelo de identidad nacional* en el control del precario equilibrio entre fuerzas centrípetas y centrífugas. Elemento esencial en la lucha por lograr y mantener la centralización del poder, dicho modelo asume nada menos que la tarea de presentarse, desde lo ideológico, como fundante de aquella unidad política y económica que —siempre precaria por su forzada convivencia tanto con la dominación de clase como con la multiplicidad y diversidad efectivas del todo social— debe sin embargo poder predicarse de ese mismo todo sin mayor fisura.

De ahí la importancia de que el discurso acerca del ser nacional aparezca en primer lugar y sobre todo como un discurso proveniente de y dirigido a “un sujeto unitario desde cuyo centro se expresa una identidad común” (pág. 18), identidad que justamente derivamos del hecho de haber heredado, todos y cada uno de los habitantes, una realidad única y homogénea en la que vivir, por vocación y destino, en el presente y por las próximas generaciones. Y si por un momento decidimos suspender el ingenuo pensamiento cotidiano y reflexionar sobre la real diversidad que vivimos, comprenderemos finalmente que la homogeneidad imaginada no puede ser comprobada sino por un dibujo de la nación invariablemente trazado frente a alguna otredad que, por contraste, la garantice.

De todo ello, la necesidad, como lo dice Álvaro siguiendo a Bajtín,⁶ de que el discurso de la identidad se afirme como voz monológica, representación del dominio de la clase sobre la colectividad y afirmación ideal de su racionalidad excluyente. Fuente de normas y valores colectivos aptos para un artificial sujeto unitario, que se le llame habitante o individuo o ciudadano no cambia mucho, el discurso monológico niega la pluralidad de sujetos concretos que componen la sociedad civil de la misma manera que la unidad nacional niega —y Costa Rica no fue ni es obviamente excepción— la efectiva participación de organizaciones y sectores populares o de género, minorías étnicas, culturales etc.

Es de tal discurso monológico —cuya máxima expresión se encuentre quizá en la rousseauiana identificación entre individuo aislado y comunidad artificialmente individualizada— el que nos suministra abstracciones disfrazadas de realidades e interiorizadas por todos, como por ejemplo **el costarricense**, o, qué sé yo, el alemán, el judío, etc. Aunque en realidad no es sino la voz de los representantes del poder, necesitados de la más amplia legitimación popular, la que empezó a llamarnos así y a contagiarnos poco a poco con su racionalidad excluyente. Abandonando por un momento el estilo propio del discurso académico con el fin de iluminar más de cerca la realidad, voy a permitirme contar una anécdota que me relató una colega. Una talentosa estudiante de visita

en nuestro país, en medio de una amplia reunión universitaria dijo, según parece con toda tranquilidad, la frase siguiente: "Yo, amigos míos, no tengo lugar en esta sociedad, pertenezco de hecho a todas las minorías marginadas, ¡Mírenme!, ¡Además de negra, ¡soy lesbiana y comunista!".

La mujer de quien les hablo se abrió luego espacios significativos, pese a todo. Pero si eso muestra tanto su capacidad de lucha como la creciente apertura de nuestras sociedades, en nada modifica en cambio lo esencialmente enajenante de un modelo de identidad que ideal y dolorosamente la incorporaba a un sujeto unitario, que no podemos dejar de reconocer como de sexo masculino, tez blanca, heterosexualidad inclaudicable y solidas y serenas convicciones liberales. Así habla de hecho la voz monológica del discurso identitario encargada de silenciar desde una artificial unidad monolítica, la voz de los diferentes sujetos sociales, la expresión de sus particularidades potencialmente desintegradora, de sus reclamos potencialmente explosivos, de sus conciencias peligrosamente desgarradas.

Pero, los otros en el libro de Álvaro no son solamente estos sujetos mantenidos por muchos medios bajo el control de lo uno —es decir, el otro interior cuya voz debe silenciarse para que no saque a relucir los conflictos reales subyacentes a la unidad imaginada. Los Otros son también al otro exterior, representación de la totalidad superior y abarcadora, el UNO del capitalismo transnacional e imperialista, cuya voz no es negada sino negadora, ya que el papel complejo y conflictivo de su dominio no puede ser idealmente incorporado al discurso nacional oligárquico, sin que se introduzcan en él estridencias tan agudas como para amenazar seriamente la coherencia del modelo.

Nada puede, ni debe, sustituir aquí la lectura de las páginas del libro, donde destaca el dramático choque entre dos necesidades apremiantes de la clase oligárquica: por un lado, la de un discurso que exalta valores autóctonos y provincianos, dirigidos a configurar la nación y mantenerla unida en un territorio pobre, pequeño, dependiente, de limitadas perspectivas de desarrollo; y, por otro lado, la necesidad de incorporar al estrecho discurso nacionalista una serie de valores universa-

les, menos peligrosos y más tolerables para contextos industrializados y desarrollados pero sobre todo muy aptos para expresar desde la dominación imperialista una identidad cosmopolita cuya interiorización planetaria es vital para el sistema global. De ahí las también dramáticas contradicciones del discurso que Álvaro Quesada señala con gran talento y claridad en los textos literarios.

Antes de cerrar esta parte, tan sólo unas preguntas que quizá quieran compartir conmigo: ¿Desde las últimas décadas del siglo pasado, ha cambiado sustancialmente nuestro discurso? Y, si lo ha hecho, ha sido de manera cuantitativa y cualitativamente comparable a la experimentada por el discurso dominante? Por otra parte, aquel mismo discurso, ¿Hasta dónde cuestiona realmente su talante monológico de pretensiones planetarias para orientarse finalmente hacia un radical reconocimiento de lo plural, lo relativo y lo diverso?, y, de ser así, ¿Qué nuevas contradicciones se introducirán por ese camino en el discurso del poder planetario, desgarrado entre lo uno y lo múltiple, en un mundo que se pretende a la vez globalizado y plural? Y, por fin, ¿De qué manera influirán —mejor dicho, ya están influyendo— esas nuevas contradicciones sobre nuestro propio modelo de identidad, cuando todavía ni siquiera han empezado a mitigarse las antiguas?

Henos llegado así al último punto que me proponía tocar: la opción original de leer los textos literarios desde la perspectiva de su participación en la creación y evolución de un modelo de identidad nacional. A tal lectura se dedica en efecto casi toda la obra de Álvaro, y así es cómo llega a reconocer en la literatura producida en Costa Rica, entre 1980 y 1940 aproximadamente, tres de los momentos más significativos del discurso sobre lo nacional.

Una vez más, por razones de método, en mi exposición los contenidos van a permanecer en la sombra. El riquísimo análisis del discurso acerca del ser nacional, el conjunto de valores y símbolos que, gracias al trabajo de interpretación, emerge de los textos seleccionados, una vez más se lo dejo mejor a los lectores. No se trata de todas maneras de intentar sustituir la insustituible lectura de las páginas de *Uno Y Los Otros*, tan agradables, de gran agudeza interpretativa, tan llenas de sorpresas

y reconfortante sutileza. Pero sí en cambio se trata, desde este ángulo mío casifilosófico, de resaltar un enfoque y una metodología de trabajo rigurosos y fecundos.

Y volvamos después del paréntesis a considerar los movimientos más significativos del modelo de identidad reseñados por Álvaro en su obra. Van desde la explícita construcción de la identidad sobre el telón de fondo de la unidad imaginada y de la consolidación del Estado, pasando por el cuestionamiento y la crisis, hasta culminar en la que el autor con una expresión muy radical llama “la quiebra de la unidad y la pérdida de la inocencia”, a las que seguiría a partir de 1940 la búsqueda de nuevos y renovados modelos.

A cada uno de esos momentos corresponden sendas promociones de intelectuales y escritores: desde los autores clásicos de la “generación del Olimpo”, pasando por una segunda promoción conocida también como “generación del Repertorio Americano” (Rojas et al. 1995), hasta llegar a una tercera, cuya contribución a los avatares del modelo de identidad nacional culmina con las obras de Max Jiménez y Marín Cañas. En el transfondo, cuarenta años de una historia intensa y conflictiva que en todo momento, es cierto, les sirve de contexto a los textos seleccionados, pero siempre que se incluya en eso que he llamado historia mucho más que acontecimientos políticos y militares, mucho más que relaciones económicas e, inclusive, que relaciones de fuerza en un sentido tradicional.

Aquí el contexto inmediato de la formación de la literatura nacional costarricense es, en el ámbito del tan mencionado proyecto oligárquico, el movimiento más amplio de “*la construcción o invención de la nación como comunidad imaginada*” (pág.17), es decir un elemento superestructural a la vez abarcador y específico de aquella coyuntura histórica. Es este enfoque de múltiples planos, intersecciones y mediaciones dialécticas, lo que permite a *Uno Y Los Otros* presentar los orígenes de la literatura costarricense no solamente en su contextualización histórica general —lo que ya de por sí amerita un reconocimiento en nuestro medio donde por tanto tiempo se ha confundido la interpretación con la valoración subjetiva— sino elegir la original opción de leer los

textos literarios desde la perspectiva del aporte brindado al modelo de identidad nacional. Un propósito ambicioso, éste de Álvaro Quesada, que ya María Amoretti reclamaba como necesario, cuando en su polémica con Palmer y Acuña⁷ —con cuyas tesis acerca de la creación de la nación se encuentran por cierto de acuerdo tanto ella como Quesada— ella les reprochaba el no utilizar los documentos literarios, textos privilegiados para desentrañar el contenido cultural del nacionalismo costarricense leyendo, por debajo del modelo de la identidad imaginada, el más amplio sustrato vital de la identidad cultural.

Álvaro Quesada en *Uno Y Los Otros*, no sin antes reconocer deudas intelectuales y mencionar antecedentes y aportes de varios colegas, le da cuerpo y vida a esa exigencia: iluminar, desde el carácter y el valor testimoniales del texto literario, los rasgos y momentos del tema mucho más amplio de la construcción de la identidad nacional.

Y al respecto, me permito presentar una última cuestión: ¿Hasta dónde logra el libro de Álvaro el cometido que se propone? Y, en todo caso, ¿Lo logra por igual para cada uno de los tres momentos seleccionados en el recorrido del discurso acerca del ser nacional?

Mi respuesta, aún provisional, es que es en relación con el primer momento —el de la creación del modelo en los orígenes mismos de la literatura nacional— que Álvaro alcanza más plenamente el difícil propósito de dejar aflorar de los textos los rasgos de una identidad nacional, que, eso queda muy claro para los lectores, es en parte vivida, en parte tan solo deseada, a veces más bien ofrecida como propuesta, a veces por el contrario como protesta. Pero que, en todo caso, para esta primera generación de escritores, lo que al menos parcialmente explicaría los mayores logros del análisis, siempre representa una adhesión consciente a la “*invención de la nación como comunidad imaginada*”, aunque desde perspectivas en muchos aspectos variables.

Para no dejar esta última parte en la mera abstracción de las cuestiones metodológicas, cierro entonces ejemplificando brevemente lo dicho en relación con la interpretación de escritos de la primera promoción y que abarcan desde la “polémica sobre nacionalismo literario” hasta cuentos,

novelas, teatro, es decir, todos los distintos géneros trabajados por los llamados autores clásicos: Manuel de Jesús Jiménez, Jenaro Cardona, Magón, Gagini, Aquileo Echeverría, Ricardo Fernández Guardia.

Ahí *Uno Y Los Otros* —al evidenciar una serie de características literarias propias de esta primera generación, tales como el vaivén semiótico, el eclecticismo en los estilos y géneros, el rechazo del lenguaje popular— deja aflorar, gracias a un talentoso trabajo de interpretación, la imagen de una realidad nacional a la vez bucólica y aristocrática que se agota —lo que sigue tan presente aún en las conciencias— en el espacio físico de la Meseta, homogéneo en lo racial, lo cultural y, gracias al monocultivo, ¡hasta en lo productivo!. En el transfondo, la exclusión de las clases campesinas como sujeto histórico o bien su inclusión paternalista, estereotipada, servil, así como la violenta marginación de etnias y culturas internamente periféricas y una serie de otros elementos simbólicos y valores que ya mencionábamos hace un rato, al referirnos a las contradicciones introducidas en el modelo por el otro exterior.

Los dos momentos siguientes del discurso de la identidad —del cuestionamiento y la crisis hasta la quiebra y el caos— me parecen enfocados, posiblemente por razones de maduración e independización históricas de la literatura misma, más en su dimensión de reflejo de las condiciones nacionales y expresión de la crisis que en una dimensión creadora como la que emerge de los textos de la primera promoción.

De todas formas y en cualquiera de sus facetas, *Uno Y Los Otros* contribuye a conocer e invita a repensar las dimensiones de lo nacional y su discurso. Es importante que la brecha entre los intelectuales y los simples, como Gramsci la llamaba, no se vaya profundizando al unísono con la brecha económico social, sino por el contrario estrechándose, permitiendo un cuestionamiento cada vez más amplio y plural de la realidad que vivimos. Obras como ésta, reitero, pueden dar un aporte significativo que, más allá de la Academia, alcance a la sociedad toda, tan urgida de nuevas formas, más críticas y menos esquizoides, de identidad colectiva.

Notas

1. Cf., entre otros, de Jaime González Dobles, *La patria del tico*, Editorial Antares, San José 1995; de Arnoldo Mora Rodríguez, *La identidad nacional en la filosofía costarricense*, EDUCA 1997, obra esta última que, por su peculiar ecléctismo a la vez se acerca y se aleja de la tradición a la que me estoy refiriendo.

2. Estoy pensando básicamente aquí en la creación/conceptualización explícitas de la identidad nacional, normalmente trabajadas a través del ensayo filosófico y en una serie de autores ya clásicos cuyos nombres se suman a los de Barahona y Láscaris, como Abelardo Bonilla, José Abdulio Cordero, Carlos José Gutiérrez, León Pacheco, Hernán Peralta, Eugenio Rodríguez etc. En relación con los rasgos metódicos y de contenido que les son comunes y conforman eventualmente una visión con algún grado de unidad, cf., entre otros, de Giovanna Giglioli, *¿Mito o idiosincrasia?* Un análisis crítico de la literatura sobre el carácter nacional en *Identidades y producciones culturales en América Latina*, Colección Identidad Cultural, Editorial Universidad de Costa Rica, 1966.

3. Cf. Benedict Anderson, *Imagined Communities*, London: Verso, 1991.

4. Todo lo anterior presupone la validez de la siguiente pregunta: la creación de un modelo de identidad es por sí sola suficiente para neutralizar conflictos que parecen inherentes a la misma condición histórica del estado-nación? La respuesta, desde un enfoque como el que se está manejando aquí, es no. Así como negativa sería la respuesta a la pregunta que le es dialécticamente complementaria: ¿Son la comprensión y lectura críticas de un discurso capaces de subvertir por sí solas la realidad enajenada? No, pese a que puedan revelar al intérprete el conjunto de mediaciones e intereses reales encubiertos por el modelo.

5. La expresión es tomada del ensayo de Ligia Bolaños, Yamileth González y María Pérez, El ladino: base del desarrollo cultural hegemónico en Centroamérica en *Identidades y producciones culturales en América Latina*, ed.cit.

6. Cf., además de la bibliografía, la amplia nota al pie de la página 18 del libro *Uno Y Los Otros* donde se exponen las tesis fundamentales de Bajtín sobre la estructura y sentido de los discursos *monológico y dialógico*.

7. Cf. De María Amoretti, *Sobre identidades y nacionalismos*, de Palmer y Acuña las obras citadas en la bibliografía.

Bibliografía

Acuña Victor Hugo, "Historia del vocabulario político en Costa Rica: Estado, república, nación y democracia (1821-1949)", en *Identidades nacionales y estado moderno en Centroamérica*, San José, Ed. Universidad de Costa Rica, 1995

Amoretti María, *Debajo del canto*, San José, Ed. Universidad de Costa Rica, 1987. *Sobre identidades y nacionalismo*.

Anderson Benedict, *Images communities*, London: Verso, 1991 (2a.ed.)

Akzin Benjamin, *Estado y nación*, Fondo de Cultura Económica, México 1983 (2a ed.)

Apostel Leo et al., *Interdisciplinariedad y ciencias humanas*, Ed. Tecnos, Madrid 1983

Barahona Luis, *El gran incógnito*, Ed. Costa Rica, San José 1972

Bonilla Abelardo, *Antología de la literatura costarricense*, Ed. Studium, San José 1984

González Jaime, *La patria del tico*, Logos Editorial, San José 1995

Jiménez Alexander, et al., *Costa Rica Imaginaria*, Ed. Fundación UNA, Heredia 1998

_____. "Los países también están en otra parte. Cultura y discurso filosófico en Costa Rica, España, *Cultura y contracultura en Costa Rica*, Ed. UNA, Heredia 1997.

_____. "El desorden del discurso (imaginario y filosofía costarricense)", en Autores varios, *Re-visión de un siglo 1897-1997*, Museo de Arte Costarricense 1998.

Jiménez Jorge, Solum Donas, Ciudad en graffitis, Heredia, EUNA, 1997

Molina y Palmer, *Heroes al gusto y libros de moda*, Ed. Porvenir S.A., San José 1992

_____. *La voluntad radiante*, Ed. Porvenir, San José 1996

_____. *Historia de Costa Rica*, Ed. Universidad de Costa Rica, San José 1997

Mora Arnoldo, *La identidad nacional en la filosofía costarricense*, Educa, San José 1997

Ortiz M. Salvadora et al., *Identidades y producciones culturales en América Latina*, Ed. Universidad de Costa Rica, San José 1996

Quesada Álvaro, *La formación de la narrativa nacional costarricense*, Ed. Universidad de Costa Rica, 1986

_____. *Uno y los otros*, Ed. Universidad de Costa Rica, San José 1998

Rojas y Ovares, *100 años de literatura costarricense*, Ed. Farben Norma, San José, 1995

Giovanna Giglioli

Apdo. 521- 2070, Sabanilla, Montes de Oca.

San José, Costa Rica